



Acotando unas frases

## El mensaje de Eisenhower

EN el Capitolio de Washington, ante la expectación del mundo, el Presidente Eisenhower ha pronunciado el mensaje con el que entra plenamente en sus funciones presidenciales y cuyo punto más impresionante ha sido la decisión de desneutralizar la isla de Formosa, dejando las manos libres a los nacionalistas chinos. Como era obligado en estas circunstancias, una gran parte del mensaje ha sido dedicada a la política exterior. Entre sus frases, cuidadosamente medidas y pesadas, y a través de prudentes imprecisiones, cada país se ha aplicado a buscar y a interpretar lo que más directamente puede afectarle. También nosotros, españoles, hemos buscado lo que más puede interesarnos. No sabemos si lo hemos encontrado; pero nuestra atención se ha detenido en un pasaje a través del cual el Presidente proclama con insistencia el culto norteamericano por la libertad, no sólo por la de su pueblo, sino, en un sentido más noble y ecuménico, por la libertad de todos los pueblos en todos los continentes. Y, en medio de ese pasaje fundamental del discurso, brilla para nosotros esta frase: «Jamás daremos nuestra conformidad a la esclavización de ningún pueblo, buscando para nosotros ventajas ilusorias...»

Es posible que el Presidente Eisenhower, al decir eso, no haya pensado en el pueblo español; quizás haya pensado también en él, aunque sólo fuera por un reflejo de la conciencia. De cualquier modo que ello sea, la frase podría ajustarse perfectamente a nuestro caso y pudiera también ajustarse honrosamente a la política de los Estados Unidos si éstos concertaran su conducta con sus predicaciones. Si fuera así, si nuestra experiencia no nos hiciera ya muy prudentes, podríamos creer al pueblo español en el primer plano de las simpatías norteamericanas cuando el Presidente dice aún que «a todo país libre debe salirle del corazón la defensa de su independencia y de su seguridad».

Si, eso hizo el pueblo español, con ardor no ya superado sino ni siquiera igualado por ningún otro pueblo, en su lucha contra el totalitarismo. Y, sin embargo, hoy, mientras ve libres hasta a los pueblos alemán e italiano, sufre una tiranía, herencia de Hitler y de Mussolini, que los Estados Unidos se han apresurado a respaldar en los momentos mismos en que el pueblo español le exteriorizaba admirablemente su repulsa. Esto lo hizo una administración que se titulaba democrática. Por eso el pueblo español, cuando mira hacia el extranjero, no pone ya gran confianza en pretendidas afinidades ideológicas ni en titulaciones partidistas; su problema requiere sencillamente la comprensión humana, la honestidad política.

No tenemos motivos para pensar que ésta no pueda ser mayor en el declarado conservatismo del partido Republicano que en el pretendido progresismo del partido Demócrata. Por eso prestamos cierta atención —no muy esperanzados, ciertamente— a esa afirmación del Presidente según la cual no aceptará la esclavización de «ningún» pueblo buscando ventajas «ilusorias». No creemos imposible que el nuevo Presidente de los Estados Unidos se dé cuenta del grave error que es combatir en España un supuesto comunismo protegiendo una tiranía. El pueblo español es anticomunista, pero no por razones económicas, que importan poco a su pobreza, sino por amor a la libertad, que importa mucho a su temperamento. Mas si al pueblo español se le quita el gusto de la libertad; si se le da el convencimiento de que está condenado a no tener libertad política porque cada vez que él la conquista se la arrebatán otros pueblos favoreciendo a sus opresores; si las nuevas generaciones han de ignorar lo que es el disfrute de esa libertad, entonces, quienes llamándose defensores de la democracia hayan puesto al pueblo español en ese trance, habrán hecho en favor de la propaganda comunista mucho más de lo que Rusia hubiera podido hacer por sí misma.

Harán bien los Estados Unidos en comprender que en España hay que contar con el pueblo y que, en todo caso, llegan tarde para apoyar a un despotismo descompuesto ya por la corrupción y por el crimen. Sepan que el pueblo español —más que por sus hombres representativos— ha sido el protagonista de su historia. El pueblo español tiene cualidades singulares en las cuales han tropezado naciones bien experimentadas en la política, que han a rendido que no les bastaba contar con los gobernantes de España. Vean los Estados Unidos si les conviene más la amistad de Franco que la amistad del pueblo español. Franco pasa y el pueblo queda; y no será bueno para aquéllos dejar al pueblo español el amargo recuerdo de su complicidad con un hombre que será maldito en la Historia de España.

Esperemos las reacciones del Presidente Eisenhower; pero si sus palabras contra la esclavización de los pueblos no tienen más valor que el de un oportunismo táctico; si a pesar de ellas continúa la política de querer matar los esfuerzos que hace el pueblo español para liberarse, habrá que pensar como Victor Hugo —cuando pedía el indulto de John Brown— que «hay algo más horrible que Cain matando a Abel, y es Washington matando a Espartaco».

Los rusos en España

## III. — Por qué perdimos Teruel

Por Indalecio PRIETO

SIGAMOS poniendo al sol algunos antros de la guerra de España descuartados por el ex ministro Jesús Hernández en su libro «Yo fui un ministro de Stalin». Aunque torpedeado desde Moscú con motivo de mi fracasada propuesta de bombardear a la escuadra alemana, yo seguí flotando ministerialmente. Para hacerme naufragar se puso en marcha el plan Togliatti de esgrimir mi pesimismo a fin de provocar la salida del ministerio de Defensa Nacional, envolviéndome en pesado manto de desprestigio político que me inutilizara como figura señera del socialismo.

La lealtad, según el «cavaliere» Togliatti  
HAY que llamarle las uñas a Prieto —dijo Togliatti, según cuenta Hernández—, y creo que lo adecuado es brindarle una colaboración leal para, si no la acepta, iniciar una campaña denunciando su pesimismo y su proceder destruidor. ¿Qué entendía por lealtad tan afamado «cavaliere»? Vamos a verlo.

Para requerirme se comisionó a Jesús Hernández y Vicente Uribe. El primero manejaba la lima y el segundo, incapaz de otra cosa, recogería las barreduras de mis uñas. Pero no hubo lugar a que actuaran el limador y el barrendero. La lealtad planeada por Togliatti consistía en que yo fuera desleal al resto del Gobierno entendido como secretamente socialistas y comunistas sin contar con los republicanos.

Cuando Hernández me propuso acudir diariamente a mi despacho a traerme las sugerencias, ideas o pareceres del buró político de su partido, le contesté con claridad rayana

en la crudeza: «como hice constar en mi informe al Comité nacional socialista— que no necesitaba tales inspiraciones; que no admitía esa forma de gobernar y que si el buró quería indicar algo con respecto a la política general de guerra lo podía hacer por conducto de sus dos ministros ante el Gobierno en pleno, y que si se trataba de algo relacionado con las operaciones militares debería hacerlo a través de Uribe en el seno del Consejo Superior de Guerra».

Pero mis interlocutores, no queriendo dar su brazo a torcer, apelaron a los buenos oficios de Negrín y hubo una segunda entrevista. La nueva conferencia —fue en Madrid, presidiéndola Negrín, con resultado también nulo, pues me mantuve firme en mi actitud. A partir de entonces empecé a advertir una táctica agresiva de los comunistas contra mí.

«Prieto —comenta Hernández— advertía bien. Era el inicio de una campaña que buscaba su supeditación a Moscú o su salida del ministerio o, como veremos enseguida, su eliminación física. La campaña iría creciendo de tono y de agresividad y lo abarcaría todo: el frente y la retaguardia, los discursos y los artículos, el rumor y la insidia, el sabotaje y el escándalo. Prieto señala algunos hechos en el folleto resumen de su informe del 19 de Agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español. No son todos. Apenas una mínima parte.

Como secretario de agit-prop del buró político, tomé una parte activa en la red que había de aprisionar a Prieto hasta orillarle a presentar repetidas veces la dimisión al Presidente Negrín y obligar al fin a éste, que había opuesto resistencia a nuestros embates, a destituir aparatadamente del ministerio de Defensa a la primera figura de su propio partido. Los órdenes de Moscú eran órdenes que las comunistas españolas, complacidos o a regañadientes, cumplíamos a rajatabla.»

«Por negarme a obedecer los mandatos de Moscú, me expulsó Juan Negrín el 5 de abril de 1938 del Gobierno, del presidio y en el cual yo desempeñaba el ministerio de Defensa Nacional», afirmó. Negrín siempre negó que fuera el motivo, más ahora Hernández viene a corroborar mis aseveraciones con todo lujo de detalles. He aquí algunos, tomados de su libro: «El ataque contra Prieto fue directamente a los distintos partidos republicanos que tradicionalmente veían en este líder socialista, más que en ningún otro, el cerebro que proyectaba su política republicana en España; nuestros disparos sobre Prieto, por tanto, habían hecho blanco en el sentimiento de los hombres republicanos... Siguió la política de favoritismo en los ascensos y siguió la política de coacción proselitista. Nuestros trabajos nulificaban los esfuerzos que Prieto, y cuando lo creímos conveniente provocamos la crisis que le hizo saltar del ministerio de Defensa Nacional... Los «otavari» (los comunistas rusos) cooperaban descaradamente a esta tarea creando situaciones violentas en el ministerio de Defensa... Los rusos expulsaron a Largo Caballero de la Presidencia del Consejo de Ministros; los rusos impusieron a Negrín; los rusos decretaron la caída de Indalecio Prieto...»

«La culminación de la campaña de proselitismo —prosigue Hernández— la constituyó el derrumbamiento de Indalecio Prieto. Había que cavarle una honda fosa donde hundiera con todas sus resistencias al predominio de los comunistas en el ejército. Desplazando a Prieto del ministerio de Defensa, todos los resortes de la guerra que no estuvieran directamente en manos de los comunistas quedarían concentrados en las del hombre de confianza de Moscú. Todo el frente y toda la retaguardia se llenaron de rumores inconcretos: «Prieto es un capitulador», o bien «Prieto no quiere que los aviadores soviéticos participen en nuestra guerra», o «Prieto ha declarado que sin la ayuda de Francia es estúpido continuar la guerra», o «Prieto ha pedido al Gobierno inglés un destructor para fugarse a Inglaterra», o «Prieto quiere en-

terregar a Franco toda la zona Centro-Sur so pretexto de hacer fuertes en Cataluña», etcétera, etcétera. Estos etcéteras —coto yo— significaban incabables cadenas de infamias.

Se pierde Teruel para perderme a mí —

A fin de ver la manera de asestarme el golpe final, hubo concilio ruso-hispano. «Hay que utilizar la pérdida de Teruel para liquidar a Prieto», decretó Guere, uno de los delegados del Kremlin, secundado por Stepanov, que acababa de hacer un rapidísimo viaje a Moscú de donde traía instrucciones concretas. «Como se perdió Teruel», Valentin González, el Campesino, que con su división estaba encargado de defender la plaza, lo cuenta en su último libro «Comunista en España y antistaliniano en la URSS». Luego de aludir al cese ministerial de Largo Caballero, escribe el Campesino:

«A comienzos de 1938 se trataba de repetir la operación con Indalecio Prieto, que al frente de Defensa Nacional empezaba a hacerse insostenible para el Kremlin. Pero ¿cómo deshacerse de él? Su prestigio era grande, sobre todo después de la venturosa operación de Teruel, quizá la más venturosa —con la heroica defensa de Madrid— de toda la guerra. No podría decir en cuál de las reuniones políticas militares secretas de los agentes del Kremlin se adoptó el acuerdo de sacrifi-

car Teruel; lo que puedo asegurar es que el maquiavélico plan fue confiado a los generales Gregorovich y Barthe. Teniendo un gran alcance político, debió intervenir en la decisión el delegado político número uno del Komintern, «Alfredo», conocido asimismo por Ercole Ercoli (Palmino Togliatti, jefe actual del comunismo italiano). Gregorovich y Barthe, de acuerdo con Modesto, decidieron deshacerse ante todo del general Hernández Saravia, el fiel amigo de Prieto que había planeado y dirigido la toma de Teruel; fue sustituido por el propio Modesto. Al mismo tiempo se dejó a las divisiones anarcosindicalistas sin artillería para la defensa de las posiciones que protegían Teruel; en tales condiciones era forzoso que flaquearan y se desarticularan en poco tiempo... Siguiendo las órdenes recibidas, yo me dejé cercar dentro de la población con unos dieciséis mil hombres de mi división. Modesto y Lister disponían de seis brigadas y de dos batallones excelentes fuera de la ciudad. El trato hecho era que atacarían fuertemente y por sorpresa y que me liberarían con mis tropas. Pero pasaron algunos días con sus noches y nada hicieron. Habría de enterarme más tarde de que a los que se ofrecieron a socorrerme los amenazaron de muerte... Convenido de que no me llegaría ya ningún socorro de fuera y de que seríamos liquidados si caíamos

(Termina en la segunda pag.)

### Comentario

## El muro incontenible

BIEN sabido tiene el Caudillo que el pueblo necesita espaldas además de pan, y, sobre todo, cuando éste escasea. Por eso ha puesto nada menos que un teniente general al frente de su Consejo nacional de Deportes, y es probable que ponga otro en la dirección de la tauromaquia, en vista de la importancia que va tomando ese asunto del «cafeitado» de los cuernos. Tiene, pues, el pueblo buen empleo para sus ocios y sobrados motivos de inquietud; difícilmente se mantiene dentro de los límites que se le fijan; se cansa pronto de las cosas. Por eso, en vez de contentarse con hacer apuestas adivinando los equipos que van a ganar en el próximo domingo, se entretiene ya en averiguar cuál es el ministerio en donde se roba más. La mayoría parece pronunciarse por el ministerio de Trabajo; y se llega a dar tantas y tales cifras que en ellas se pierde la cabeza de quienes no están acostumbrados a cálculos.

Estas chinchoncherías traen al Caudillo un poco disgustado. No le preocupa que personas que, al fin y al cabo, le han prestado grandes servicios en la salvación de España, se tomen ciertas confianzas con el Tesoro público; lo que le molesta es que el pueblo se meta en estas cosas. ¡Buena estaría que, después de la sangre que ha costado desarrajar a la democracia, apareciera ahora resabios de ella por aquí y por allá! El pueblo no tiene que meterse en cómo se administra al país. Esas cosas dan lugar a disgustos, y en España lo primero es el orden. El Caudillo señala su puesto a cada cual; y si quienes él pone en los mandos roban o no roban, eso no es cuestión que deba interesar al pueblo ni que pueda ser llevada en lenguas. Pero, además, ¿qué es eso de robar? Hay verbos que corresponden al pasado y que sólo en sus tiempos pasados han de conjugarse. Eso que las gentes llaman imprudentemente robar, no son —según ha explicado el ministro de Trabajo— sino manifestaciones de su política de previsión ofensiva. Pero ese pueblo nuestro, incorregiblemente malicioso, ya se dispone a incorporar la «previsión ofensiva» a su vocabulario picaresco, del mismo modo que, con agresivo desenfado, se apropió la palabra «estraperlo».

El ministro de Trabajo, descubierta felizmente por el Caudillo, ha hecho una brillante carrera. Antes se le conocía por Girón, pero desde hace unos meses la prensa le llama el señor Girón de Velasco. Pudo haber desdenado la maledicencia, pero no ha sido así; las murmuraciones lo han excitado y ha puesto su mejor empeño en justificarlas: declaraciones por aquí, discursos radiados por allá. Para aliviarlo de preocupaciones, el Consejo de Ministros le ha quitado la administración de los fondos de previsión y se la ha confiado a otro ministro. Los falangistas, especialmente afectos a él, que gobiernan la Diputación provincial de Valladolid, le han dado en este trance una expresiva prueba de su lealtad y de su agradecimiento. El les había dado la provincia, y ellos toman de la provincia lo más brillante que es el oro, hacen con él una medalla y se la ofrecen. Pero lo más emocionante de toda esta historia es la actitud del semanario «Afan», ¡qué acometividad y qué indignación en la defensa del señor ministro! Hay quienes objetan que ese periódico es de él; pero es natural que sea el periódico suyo y no los ajenos el que haga su elogio.

Satisfecha puede estar la Escena Oficial de Periodistas de que salgan de ella hombres de pluma como el paladín del señor ministro de Trabajo. ¡Qué artículo de fondo! Y lo notable es que no emplea nada más que términos vulgares; pero desbarajustados con tal incoherencia que en ello está precisamente la fuerza expresiva de su indignación. Hay un momento en que, refiriéndose a los maldicientes, habla de una hidra; pero no de una vulgar hidra de siete cabezas, como aquella que le echaron a Hércules, sino una hidra digna del señor Girón; una hidra de mil cabezas a cuál más dañina y tóica que las que no pueden morder, ladrar; una cosa terrible. Pero más terrible aún es el acento del articulista cuando acusa a los «voceros miserables» de tirar «pellas de cieno contra el muro incontenible de la verdad». Si, así lo dice; pero ¿por qué no va a poder ser «incontenible» el muro de la verdad falangista? Es cierto que los muros no suelen andar; pero pueden caerse, y también lo que se cae requiere contención. De todos los muros, no quedará piedra sobre piedra. A cada uno le llegará su turno y a la Falange tal vez le ha llegado el suyo. Puede, pues, tener razón el articulista al adjetivar su muro. Pero en lo que acaso no sea justo es en increpar a quienes lo repellan. Quizás lo hacen con la mejor intención de reforzarlo y, como el señor Girón de Velasco ha gastado todo el cemento en obras santuarías, los repeladores no encuentran nada más que cieno; eso sí, mucho cieno. ¡Cuánto cieno hay, Señor, en el Imperio de Franco!

Pericles GARCÍA.

### La gran Universidad

## Lo que no podrán destruir jamás

Por Rodolfo Llopiés

El Gobierno franquista ha acordado derribar el edificio de la calle Piamonte, de Madrid, donde se hallan instalados los juzgados militares. Dice que lo derriba para construir en sus solares viviendas, de las que tanto carecen los madrileños.

La noticia la ha dado la radio nacional francofalangista. La ha dado con mal disimulado regocijo. Se comprende. Su regocijo no responde, desde luego, a la alegría natural de saber que se expulsa a los juzgados militares, que tantas injusticias y tantos crímenes han perpetrado desde hace catorce años en aquella Casa, en nombre de la ley. De la ley francofalangista, se entiende. Tampoco responde ese regocijo, cual podría suponerse, a pensar que con esas nuevas construcciones se paliara la gran penuria de viviendas que sufre el vecindario de Madrid. No. Ese regocijo proviene exclusivamente de que el edificio de la calle Piamonte que van a derribar y en el que que están instalados los juzgados militares desde el 1 de abril de 1939, no es otro que el de la gloriosa Casa del Pueblo de Madrid, la Casa de los trabajadores madrileños, la Casa de la Agrupación Socialista Madrileña y de los Sindicatos madrileños de la Unión General de Trabajadores...

El Gobierno francofalangista no se conforma con haber disuelto las organizaciones del Partido y de la Unión, como han disuelto todos los partidos y todos los sindicatos no falangistas; ni con haberse incautado de sus bienes; ni con perseguir, encarcelar y fusilar a muchedumbre de sus afiliados. Para el régimen francofalangista, eso es todavía poco. Ahora va a completar su obra destructora derribando la Casa, el edificio que fue durante tantos años la gran fortaleza de las libertades cívicas y de las reivindi-

caciones obreras. Suponemos que una vez demolida la Casa, el solar será espolvoreado con sal y los oficiales de turno se entregarán a toda clase de conjuros para exorcizarlo. La Casa del Pueblo de Madrid, para los francofalangistas, huele a azufre. Es la Casa del Diablo.

Casa del Pueblo de Madrid. El domingo 28 de noviembre de 1908 se inauguró. Fue un gran día de fiesta para el proletariado madrileño. Las 102 organizaciones con sus 34.975 afiliados que constituían entonces el «Centro de Sociedades Obreras», instalada en la calle de Relatores, se trasladaron a la calle Piamonte. Una imponente manifestación, con las banderas y estandartes de las organizaciones obreras, en cabeza de la de la Agrupación Socialista Madrileña, y en la presidencia Pablo Iglesias, recorrió las calles de Madrid. Aquel día, los trabajadores madrileños se posesionaron de «su» Casa. Porque la Casa de la calle Piamonte, era «suya», de su propiedad.

Hasta entonces, las organizaciones obreras se habían instalado en locales alquilados. Lo mismo en la calle de Relatores, que antes en la calle de la Bolsa, y antes en la de Jardines, y primitivamente, en 1882, cuando se inicia el «Centro de Sociedades Obreras», en la calle del Amor de Dios. Ahora, no. Ahora la Casa es suya; la han comprado con sus modestas cotizacio-

nes, en aquel tiempo semanales. El que fue palacio del Duque de Béjar, del Marqués de Peñafiel, de las condesas de Melgar, de la Oliva y de Lima, quedaba ocupado por sus nuevos propietarios, por la falangista y sus hombres, son distintos. Para diferenciarse del pasado, de ese pasado austero, honesto, iluminado por la fe en las ideas, utilizan otros estilos arquitectónicos y practican otra «moral». Víctimas de esa «capacidad de Imperio que, al parecer, lleva en sus entrañas el «Glorioso Movimiento», todo lo conciben en grande: los edificios y los latrocinos. Así, mientras en Madrid se carece de viviendas y el Ayuntamiento ha hablado estos días de las ocho mil chozas que circundan la capital, en el que fue Palacio Xifre, se está terminando de construir la monumental «Casa de los sindicatos falangistas. Una casa que mide setenta y dos metros de altura, que consta de veintidós plantas y que tiene tres mil piezas o habitaciones...

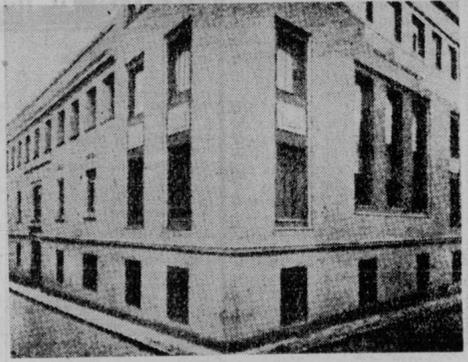
Y, al mismo tiempo, en Gijón, han comenzado las obras de lo que llaman «la gran Universidad laboral». Aunque las fachadas de esa Universidad solo tienen una altura que varía entre doce y catorce metros, en su desarrollo se extiende sobre una longitud de cinco kilómetros y medio... La Universidad laboral de Gijón, tendrá 3.500 ventanas, es decir, más del doble que el Monasterio de El Escorial; la cúpula de su Iglesia, tendrá unos metros más que la de San Pedro de Roma; su torre, será más alta que la Giralda sevillana; y su teatro, el de mayor capacidad de Europa. Todo ello, para lograr «la formación moral, religiosa y técnica de la población trabaja-

adora». No sabemos todavía de dónde procederán los dos mil educandos que quieren albergar en esa Universidad laboral. En cambio, ya sabemos que la dirección correrá a cargo de los Padres salesianos...

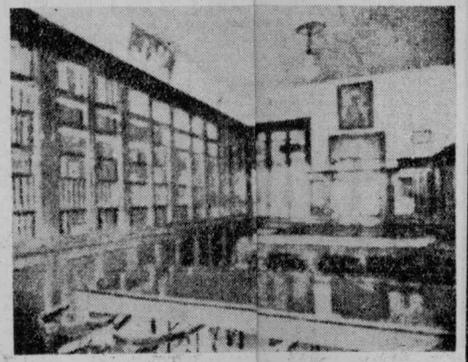
CUANDO no encuentran dinero para construir las viviendas modestas que tanto necesita España para terminar con esas barridas de uvas y chozas inmundas que ay a las puertas de todas las grandes ciudades, cuyos habitantes llaman con sangrienta ironía «Avenida del Generalísimo», ¿cómo ha sido posible encontrar dinero para esas y otras edificaciones monumentales? ¿De dónde ha salido tanto dinero? Ha salido de arios sitios. Los centenares e millones que, en principio, están esas construcciones utásticas, salen de todas las gujas, más o menos autónomas, habidas y por haber, de distintos ministerios, y muy agudamente del de Trabajo.

El conocido ministro de Trabajo, José Antonio Girón, metió mano al Instituto nacional de Previsión, a todos los Montepíos, a la Seguridad Social... Les ha obligado a contribuir con cantidades bulosas. En realidad, más e una contribución, ha sido una explotación. La explotación se ha hecho con tanta raleza y desverguenza, y se han tantado tantos y tan sucintos negocios con ello, que a empezado a circular por

la nueva nobleza que comenzaba a abrirse paso en España: la nobleza del Trabajo. La clase trabajadora de Madrid, con sus aportaciones económicas y gracias a la escrupulosa administración de sus dirigentes, no sólo compró el antiguo Palacio ducal, sino que, poco a poco, fue realizando las importantes obras que transformaron el edificio. Se hicieron secretarías y salas de reuniones. Lo que fue patio, se convirtió en modesto café. Se habilitó una biblioteca que guardaba, entre otras cosas, preciosos autógrafos. Donde hubo un romántico jardín en los tiempos de los duques, se levantó un teatro en el que se celebraban las grandes asambleas y los Congresos. Por su trípode pasaron los socialistas y los sindicalistas más prestigiosos de las Internacionales, como por su escenario pasaron, para solaz, recreo y educación de los trabajadores, las mejores compañías teatrales y los músicos más famosos de España. Las últimas reformas que en la Casa se hicieron, fueron para reforzar la cimentación y para levantar un nuevo piso. Las obras las dirigió nuestro compañero Pradal, como arquitecto, quien, una vez más, tratándose del Partido y de la Unión, no quiso cobrar sus honorarios...



Das de las fachadas de la Casa del Pueblo de Madrid



La Biblioteca de la Casa Pueblo de Madrid



# La opinión de un inglés sobre la España franquista

La revista inglesa "Illustrated" ha publicado un artículo de Peter Stephens del cual traducimos los siguientes párrafos:

«Nuestro viejo vecino Francisco Franco Bahamonde, que tiene hoy 60 años, ostenta desde 1942 el título oficial y pomposo de Presidente de la Junta política de la Falange Española.

Franco se preparó para imponerse, después de haber sido en cierto modo apartado por los republicanos. Estos se habían dado cuenta del peligro potencial que presentaba el brillante y joven soldado que a los 24 años era el comandante más joven del Ejército español. Por eso lo enviaron a las Islas Baleares y después a las Canarias.

Luego vino la guerra civil y la ascensión de Franco. Pero después de catorce años la gente sigue siendo tan pobre como los ratones de las iglesias. La corrupción y el estraperlo son más abundantes que nunca. España está gobernada con mano de hierro bajo el ojo vigilante de una inmensa fuerza de policía militar.

Apenas existen carreteras que merezcan ese nombre y muchos obreros no pueden proporcionarse carne nada más que una vez al año. La censura, ayuda necesaria para una dictadura, se ejerce rigurosamente. Madrid, hermoso, hospitalario, con sus bulevares anchos y risueños, no es más que una fachada. En los alrededores, en el campo, el confort moderno es desconocido. La basura, la suciedad, las enfermedades, existen por todas partes.

Sin embargo, algunas gentes privilegiadas viven a expensas del país en una atmósfera de feudalismo medieval. Durante el verano, cuando hace demasiado calor en Madrid, estos privilegiados marchan en emigración masiva hacia San Sebastián, playa elegante oreada por el viento suave y refrescante que viene del golfo de Vizcaya.

Y nada más acerca del hombre providencial que tanto hace para pisotear a los españoles.»

Imprimerie Spéciale de EL SOCIALISTA  
Gérant: R. DONAS  
30, rue Sainte - Marseille

DIAS pasados el diario «ABC» de Madrid publicó un artículo de don Ramón Serrano Suñer titulado «Sobre la Dictadura».

Después de otros varios escritos publicados estos últimos tiempos en el mismo periódico, entre los que produjo cierto revuelo uno del señor Luca de Tena sobre la educación cívica, el diario madrileño tratando de innovar en las lamentables costumbres periodísticas del régimen, inserta un recuadro en el que afirma que «una de las mayores satisfacciones de este periódico es la de abrir sus páginas literarias a toda serie de ideas nobles, dignas y limpias que los colaboradores, situados en los más diversos campos del pensamiento, quieren expresar a través de nuestras columnas».

Ciertas de las ideas expuestas por el señor Suñer ni son nuevas ni brillantes; se trata simplemente de viejos tópicos manidos o inofensivos, como por ejemplo: «Ni la democracia ni la dictadura son capaces de encarnar el mal o el bien absolutos»; «desde un plano político pecaría de ligereza quien, por meros principios teóricos, combatiera la democracia como mal absoluto, desconociendo el éxito de algunas democracias como la norteamericana y la inglesa, nutrida ésta de ideas liberales».

En cambio, otras de las afirmaciones del ex ministro de Franco tienen más interés, conocida su actitud presente. Así, pueden ser saboreados los siguientes párrafos, claramente dirigidos contra el régimen falangista: «Es cierto que las dictaduras pueden ser, lo han sido de hecho las más de las veces, tiránicas y despotas, como pueden serlo las repúblicas o las monarquías; pero ni son por principio ni han de serlo necesariamente en la realidad.» «Puede ser tirano un dictador que sustituya la moral del bien y del mal por la de la amistad o la antipatía.» «Las posibilidades de abuso de poder son en ellas (en las dictaduras) infinitamente mayores que las que ofrecen otros regímenes en los que el poder se ejerce mediante un sistema de garantías y contrapesos.» «Que haya habido dictaduras fracasadas que convierten en odio el fervor popular que las asistió en su advenimiento, es evidente; dictaduras destructoras, ignominiosas, envilecedoras.» «Cuando (un Gobierno) tiene de las funciones públicas un sentido patrimonial propio, conservación o de su sociarismo al servicio de los intereses comunes del país, se desvía y se convierte en ilegítimo y bastardo.»

En esas líneas Serrano Suñer trata de dibujar y condenar la dictadura franquista

# Dictadura, democracia, despotismo

Por Miguel PEYDRO

señalando algunos de los vicios que la hacen ilegítima, bastarda y tiránica.

Lo escandaloso es que así escriba quien ayer encarnó el más violento de los extremismos exterminadores, del fanatismo; la persona más representativa del hitlerismo hispano.

Evidentemente el franquismo se descompone a pasos agigantados.

La dictadura aparece cuando el ejercicio del poder (por un hombre o por un grupo de hombres) no está limitado por ningún precepto legal, por ningún otro poder; el dictador es soberano absoluto; legislador, gobernante, administrador y distribuidor de justicia. Son su voluntad, sus caprichos, sus afectos o antipatías, sus inspiraciones providenciales (cuando los dictadores se creen que lo son por la gracia divina), sus odios, los que sustituyen a las leyes y a todo principio de orden moral, justiciero y humanitario.

Si bien la dictadura no es «apanaje» únicamente de las monarquías, pues también puede serlo de las repúblicas, y siempre lo es de ese sistema primitivo y bárbaro de caudillaje que actualmente impera en España, es lo cierto que todos los sistemas políticos que degeneran en dictadura contienen idénticos caracteres: desprecio de la justicia, de las leyes, de los individuos, de la moral.

La dictadura, siendo un régimen de excepción, de gobierno fuerte, de sujeción y de opresión, para mantenerse necesita hacerse temer, pues cuando no es temida pronto desaparece destruida por la voluntad popular que raramente admite, consiente y mantiene voluntariamente, de buena gracia, un Gobierno opresor e ilegal.

Cuando la dictadura no fija un límite a su actuación, sino que se prolonga indefinidamente como régimen normal, asentándose sobre el temor que inspira a los ciudadanos la violencia de las fuerzas que sostienen al dictador, entonces se convierte en despotismo, y si, como sucede en España, el temor es hijo de la dureza de una represión sangrienta que diezmó a la población por el asesinato y por las ejecuciones capitales pronunciadas por Tribunales que obraban con sujeción a monstruosas instrucciones del dictador, exterminándose sistemáticamente a cuantos eran o podían ser sospechosos al régimen, nos encontramos en presencia de una tiranía sangrienta e infamante.

encontramos en ellas ninguno de esos requisitos. Lo que el señor Ossorio llamaba dictadura no es ni más ni menos que un Gobierno con plenos poderes legalmente otorgados y con obligación de rendir cuentas de su misión.

Por eso mal pueden llamarse dictaduras los Gobiernos de Lloyd George en Inglaterra, Clemenceau en Francia y Wilson en los EE.UU., de 1914 a 1918, ni los de Churchill y Roosevelt en la pasada guerra.

El término natural de todas las dictaduras tiránicas es la revolución, a menos que en el estado que precede a la franca descomposición se remedie la situación anormal por un régimen que restablezca la legalidad y el orden jurídico, violados por la tiranía. Muchas veces se demora tanto la sustitución, que ella no hace otra cosa que adelantarse a la ruina.

La dictadura tiránica es incapaz de prever su sucesión. De aquí que se encargue de ella, cuando aparecen ciertos signos demostrativos del final catastrófico e inminente, algunos varones previsores que por todos los medios a su alcance tratan de evitar la revolución, pacífica o violenta, como sustituto de la dictadura. En general, esos varones cautos y untuosos, preparan

## Frente único de los emigrados letones

Rara vez los tiranos mueren en la cama. Regularmente es una justicia primitiva y expeditiva la que siega sus vidas con las manos airadas de algún vengador que, sin saberlo, representa a la justicia immanente.

En las dictaduras se vive en un orden absoluto, aterrador. Orden sepulcral mantenido por el miedo. Orden que no es tranquilidad, ni sosiego, ni paz. Orden que es silencio, lágrimas, tristeza, pavor.

Los despotas pueden ofrecer a un mundo ignaro, egoísta y estúpido el espectáculo asolador de su orden; del orden que reina en sus Estados, donde nada ni nadie se mueva libremente; donde el movimiento de los hombres es algo así como el del rebaño, de la tropa, o del reloj.

Los dictadores se escandalizan de los desorden de la democracia, pues desorden es para ellos la libertad de los ciudadanos para no constituir un rebaño, para no envilecerse en la ignorancia, para expresar libremente sus ideas, para escoger libremente también a sus gobernantes.

Dicen que cada pueblo tiene el régimen que merece. No es cierto. Ningún pueblo puede ser tan malvado como para merecer la tiranía.

Cree Serrano Suñer que la tarea actual es la de buscar nuevos sistemas políticos que resuelvan los problemas planteados. Para nosotros, para el europeo de nuestro tiempo, la tarea fundamental es la de hacer a todos los hombres solidarios de todas las inquietudes y responsabilidades presentes para tratar de resolver el drama de nuestra época, de hoy o de mañana, dentro del sentido democrático tradicional de fraternidad en la igualdad, para lograr la paz y el sosiego aquí, allá y en todas partes. Para que reine la libertad y la justicia.

No hay nuevos sistemas políticos. Lo que se nos quería hacer pasar como nuevo son sino viejos sistemas con nombres de actualidad: las viejas tiranías y despotismos se llaman hoy democracia orgánica o democracia popular. Las monarquías y las repúblicas son viejas como el mundo y pueden ser aún nuevas. ¿Y qué decir del socialismo, siempre nuevo y vital, dispuesto a hacer sus pruebas para establecer la sociedad del porvenir... y cuyos antecedentes hay que buscarlos muy lejos?

No, no son sistemas nuevos los que son precisos, para salvar nuestra sociedad. Es algo más simple —pero igualmente difícil de obtener— lo que hace falta: buenas voluntades y sentido justiciero y humanitario entre los hombres. Con ello positivamente se podría evitar el mal que a todos nos amenaza...

## EL SOCIALISMO EN EL MUNDO

### EL PROBLEMA DE LA UNIFICACION ALEMANA

Berlin (SIS). — Erich Ollenhauer, presidente del Partido Socialdemócrata de la República Federal, habló en la noche del 3 por Radio Berlín-Oeste, conjurando a los alemanes de la zona soviética a que no crean que sólo una guerra podría poner fin a sus dificultades actuales. Reafirmó que la política socialdemócrata consistía en buscar ante todo la unidad alemana por medios pacíficos, y rechazó a los acuerdos del Gobierno Adenauer, de Bonn, el encaminarse a hacer definitiva la partición de Alemania.

«Es indispensable buscar un acuerdo con la URSS para restablecer la unidad alemana», exclamó Ollenhauer, quien añadió que si, a pesar de todo, un acuerdo tal resultara imposible, entonces el Partido Socialdemócrata haría de ligarse, aun contra su voluntad, a la otra política.

### NO SE APAGA AUN EL BEVANISMO

Londres (SIS). — La querrela del bevanismo se ha vuelto a reanudar a consecuencia de ataques dirigidos por la revista «Tribunes» a determinados líderes del movimiento sindical británico.

El Comité Ejecutivo nacional de las Trade Unions se ha visto en el caso de publicar una declaración reprobando esa actitud y diciendo que tales sintentencias desvirtúan el movimiento obrero de sus objetivos reales cuando se abstracción en la cual las personas vienen a ser más importantes que los principios de la organización proletaria.

El diario laborista «Daily Herald» dio esa resolución con un largo comentario en el que lamenta que los Comités Ejecutivos del Labour Party y de las Trade Unions tengan que consagrar tiempo en ocuparse de estas querrelas cuando Gran Bretaña se halla frente a inmensas dificultades económicas que pueden conducir a un paro obrero masivo.

### ALIANZA A REFOZAR

(Viene de la cuarta pag.)  
participo. Tal vez sea necesario, como decía Gramsci, que las cosas vayan todavía un poco peor, antes de que marchen completamente bien.»

Frente a un bloque soviético de 750 millones de personas —cerca de un tercio de la humanidad—, el sistema de la «Pequeña Europa» no es más que una etapa, que se trata de superar sin perder demasiado tiempo. «No resulta evidente que la seguridad más sólida debe ser organizada en el más amplio de los cuadros?»

gos. Tesis: marxismo (aceptación transitoria del Estado histórico); antítesis: bakunismo (negación radical de todo Estado); síntesis: bakunismo-marxismo (abolición-extinción del Estado).

He calificado de utópica la idea de una sociedad sin Estado. Con ello no quiero decir que tal sociedad sea idealmente imposible, pero sí tan lejana en el tiempo que haya que considerarla punto menos que imposible en la práctica histórica, como la paz perpetua, el reino de dios en la Tierra y otros mitos que fascinan la mente del hombre. Pues suponiendo, como yo creo y deseo, que la revolución socialista sea un hecho algún día, el Estado proletario o como entonces se llame, por que ya no será un Estado de clases, no tendrá ninguna prisa en desaparecer, en extinguirse, como fuerza organizada.

Por dos motivos: uno, porque siempre quedarán en la sociedad sin clases minorías inasimilables, regresivas, que aspirarán a resucitar la sociedad y el Estado de clases, como en la sociedad burguesa de hoy las hay que quieren volver a la organización feudal o al Estado absolutista. Contra el peligro de una contrarrevolución así, siempre posible, la sociedad sin clases necesitará disponer de medios de defensa, es decir de un Estado.

El otro motivo es que si una sociedad socialista se desarma en medio de un mundo de Estados capitalistas armados hasta los dientes, lo probable es que éstos la ataquen, para eliminar tan mal ejemplo, o simplemente para aprovecharse de su condición inermes y avasallarla y explotarla, como han hecho y harán siempre los Estados fuertes con sus vecinos débiles.

Se me dirá: ¿y si todas las naciones del mundo instauran el Socialismo? Aun en ese caso, yo dudo mucho que el desarme sea nunca universal, y bastará que no lo sea en un país para que todos los otros, por instinto de conservación, renuncien a él. Yo no creo que las naciones, aun adoptando todas el socialismo, se den un abrazo perpetuo de paz, como no se lo han dado en la cristiandad, teóricamente inspirada, toda ella, en ideales religiosos de fraternidad humana, ni en ningún otro grupo de civilización y cultura comunes.

Los egoísmos nacionales y sus razones de Estado pondrán siempre sus intereses por encima de los lazos ideológicos, religiosos o sentimentales afines. No otra cosa nos enseña la historia y sobre todo la de este momento. Si las afinidades políticas hicieran fraternizar a las naciones, lo natural sería que Rusia, que no será un modelo de socialismo, pero que ha establecido toda la propiedad, y la Gran Bretaña laborista, que está en una gran parte de la propiedad privada y se propone seguir estatizándola cuando vuelva al poder, se quisieran entrañablemente, en vez de aborrecerse, entrañablemente también, como estamos viendo. No; hay que despedirse de la ilusión de que los Estados sean abolidos o se extingan, durante muchos siglos por lo menos.

el egoísmo colectivo del interés nacional se sobreponen al egoísmo individual y al egoísmo de las clases sociales. Las últimas guerras mundiales han acelerado enormemente este proceso de integración en los países que las sufrieron. Hoy un inglés, un francés, un alemán, un ruso, un norteamericano son eso: una personalidad nacional colectiva, un norteamericano es eso: una personalidad nacional colectiva, un conservador o un socialista, antes que un conservador o un socialista.

«Nos gustara un no esta evolución de las naciones contemporáneas, pero es así. Hoy el llamamiento con que termina el estandarte Manifiesto comunista: «Trabajadores de todos los países, uníos!» es letra muerta para la inmensa mayoría de los trabajadores. Es que otra hermosa frase de ese Manifiesto: «Los proletarios no tienen nada que perder, sino sus cadenas, gran verdad en 1847, cuando se escribió, es hoy letra muerta también en muchos países.»

Sin darnos cuenta, en el mundo está ocurriendo una gran revolución social, sociológica, nacional y política, como no se había conocido antes en la historia. Estamos demasiado cerca del extraordinario fenómeno, demasiado metidos en él, y demasiado agitados por sus vaivenes y tragedias personales, para verlo en toda su grandeza, con perspectiva histórica, como lo verán dentro de cincuenta o cien años nuestros descendientes. Los árboles nos impiden ver el bosque. No sé si esta profunda transformación del mundo, que a veces chocea tanto con nuestras previsiones ideológicas, será para bien o para mal; pero la creo ineluctable.

### Un gran sociólogo del Siglo XIV

SIN sentir, mientras discutía con el marxismo, sin animadversión, sólo con el deseo de corregir algunos de sus errores históricos, como él mismo enseña y aconseja, como hacen Cunow y cuantos ven en ese sistema no una religión de dogmas cerrados e infalibles, sino una doctrina perfectaible, sujeta a error y superación, como todo lo humano, he ido esbozando lo que es y no es la idea sociológica del Estado.

Como acontece con frecuencia, los actos más importantes del hombre son los que más tardan en conocerse, no por su naturaleza esotérica e impenetrable, sino por la tendencia de la mente humana a ver sus realidades más inmediatas, su fisiología, su sociedad y su historia, a través de velos más o menos poéticos de mitos y ficciones. Es lo ocurrido con la creación y re-creación constante del Estado, sin duda el hecho que más influye en la historia universal.

A veces también, una verdad científica duerme en el olvido durante siglos. El movimiento de la tierra alrededor del sol fué intuido por algunos astrónomos griegos; pero no toma carta de naturaleza en la ciencia moderna hasta que lo redescubre Copérnico, que había leído a esos astrónomos.

Del mismo modo, la idea sociológica del Estado no empieza a ser una verdad científica hasta el siglo XIX; pero ya la había entrevisto Aristóteles, como indicamos antes, y en el siglo XIV de nuestra cronología la formula magistralmente un gran historiador árabe, Ben Jaldún, que nació en Túnez en 1332 y fué funcionario del sultán de Granada en 1362. Gumpowicz le redescubre en 1898 y le llama el primer sociólogo de Europa. Simultáneamente lo redescubre también el catedrático de derecho de la Universidad de Madrid, don Rafael de Ureña, y le hace justicia póstuma en sus Lecciones de literatura jurídica española. Ben Jaldún escribió una historia universal, que es una gran historia de los bereberes. Para esa obra compuso una extensa introducción que es una especie de filosofía de la historia —hay una buena traducción francesa—, donde se describe el origen de los Estados en la forma siguiente:

### Los nómadas fundadores de Estados

HAY tres clases de pueblos: labradores, pastores y ciudadanos. De sus relaciones mutuas nacen los Estados. Pero los verdaderos fundadores de Estados son los pastores nómadas: los árabes, bereberes, kurdos, turcomanos y turcos. Es una raza salvaje, muy odiada de los ciudadanos pacíficos. Dentro de los Estados, los grupos y comunidades se mantienen unidos por lazos de sangre; pero después los lazos sociales son más fuertes que los lazos del origen consanguineo (proceso de amalgamación sociológica). Toda sociedad necesita de un jefe para mantener el orden y la disciplina. Esta necesidad proviene de la naturaleza del hombre (concepción pesimista o

realista de la naturaleza humana, que aparece también en Lucrecio, Hobbes y Engels). Pero el jefe tiene que apoyarse en un partido poderoso, pues de otro modo no puede gobernar (es también la teoría y la práctica de las dictaduras modernas, la de Mussolini, la de Hitler y sobre todo la de Stalin, que, como vemos, no inventaron nada). «Los Estados —dice textualmente Ben Jaldún— nacen de la conquista; para ello se precisa una sociedad que esté animada del mismo espíritu y persiga el mismo fin. Una vez ocupado un territorio, los partidarios de la nueva dinastía, la tribu victoriosa, se desparaban por todo el país y por cada provincia, para ocupar los castillos de la nueva tierra conquistada. El Estado es una comunidad humana fundada por la fuerza de las circunstancias, consecuencia necesaria del ansia de mando y de poder. De todos modos, ante esta ambición de dominio se inclina la necesidad de los hombres de reunirse en comunidades para vivir bajo gobiernos legales». (Cito de Gumpowicz: «Geschichte der Staatstheorien» (1906), págs 125-6).

Asumo que esa visión brutal, pero verídica, del origen de los Estados se escribiera en la segunda mitad del siglo XIV, cuando nuestros escolásticos y tratadistas disputaban acremente sobre si el Imperio recibía su autoridad de Dios por intermedio del Papa, o le venía al emperador directamente de la fuente divina; dos o tres siglos antes de que nuestros juristas inventaran o más bien reventaran, la ficción poética del Derecho natural y del contrato social, y cinco siglos antes de que tres o cuatro sociólogos innovadores empezaran a tener una idea clara del doloroso alumbramiento de las sociedades humanas al levar de sus entrañas el Estado, el monstruo de Hobbes, el Leviatán.

### La islamización del Estado español

LA descripción que hace Ben Jaldún del origen del Estado, maravillosa por su exactitud y su franqueza, sin falsas veladuras religiosas, ideológicas y jurídicas como estamos tan acostumbrados a leer en la filosofía de Occidente, más interesante que romántica, es de especial interés para nosotros. Los españoles, porque ese Estado es el que impera en España durante ocho siglos, tanto en el campo del Islam como en las regiones cristianas, cuyos Estados renacentes no imitan el Estado romano ni el visigodo desaparecido, sino los reinos de taifas moros.

En aquella dialéctica histórica, viva, entre moros y cristianos, que duró ocho siglos, el Estado español que surge de la reconquista es como una síntesis de la tesis, Estado musulmán, y de la antítesis, Estado cristiano: un Estado islamizado y católico desritualizado, un Estado perpetuamente belicoso, incapaz de la menor asimilación humana, como lo prueban la expulsión de los judíos en el siglo XV, la expulsión de los moriscos en los siglos XVI y XVII, la emigración de los protestantes españoles en el siglo XVII huyendo de las hogueras de la Inquisición, la emigración de los liberales a principios del siglo XIX huyendo de las horcas de Fernando VII, y todos nosotros huyendo de los pelotones de ejecución de Franco. Ese ha sido siempre, con breves paréntesis, el Estado español, el menos asimilante de los Estados occidentales: un Estado incompatible con la menor discrepancia. La guardia mora de Franco no es un capricho, ni un hecho casual, ni sólo un acto de prudencia desconfinada: es un símbolo de la islamización de su mentalidad y de su Estado. Pero sobre esto volveremos más adelante.

### Características del Estado

NO sabemos cuándo nacen los primeros Estados, pero sí que no son partes precoces. Suponen una alta evolución de la sociedad. Durante muchos miles de años, las hordas o tribus primitivas han vivido en guerra unas con otras, matándose y robándose mutuamente, sin constituir un Estado. Todavía hay razas en Oceanía, en África, en el Brasil, que ignoran la creación propia del Estado. En realidad, en América, cuando llegaron los españoles, no hay más Estado que el de Méjico.

A juicio de Cunow, el mismo Perú, en el momento de la conquista española, era ya casi un Estado, pero no completamente todavía. Al tema, tan interesante para la sociología del Estado, le dedicó su último trabajo, *Historia y cultura del imperio Inca*, publicado en Amsterdam, en alemán, y en una bella edición, el año de 1937, uno después de su muerte; en

### Una organización modelo

El Consejo de Administración de la Sala Jean Jaures, del Gran Consejo general de los afiliados a las distintas organizaciones en ella domiciliadas, respondiendo al llamamiento de numerosos compañeros, que siguieron con gran interés la exposición detallada de la lista de actividades y las iniciativas del mismo y a la ayuda económica que le y pueden ser aún nuevas. ¿Y qué decir del socialismo, siempre nuevo y vital, dispuesto a hacer sus pruebas para establecer la sociedad del porvenir... y cuyos antecedentes hay que buscarlos muy lejos?

No, no son sistemas nuevos los que son precisos, para salvar nuestra sociedad. Es algo más simple —pero igualmente difícil de obtener— lo que hace falta: buenas voluntades y sentido justiciero y humanitario entre los hombres. Con ello positivamente se podría evitar el mal que a todos nos amenaza...

Finalmente se convocó y acogió con cariño un magnífico informe del compañero encargado de la lista, Pablo Iglesias, quien, en una exposición de motivos, discutiendo alrededor del mismo al objeto de enriquecerla más y más hasta lograr sea la fundación para sanar todas las necesidades del saber.

La confirmación en sus puestos de los compañeros de la comisión de colorón que puso fin a la reunión. — Armentol.

1896 había publicado un primer trabajo sobre la Constitución social del imperio Inca, del cual hay una versión española. Los incas habían completado la conquista del territorio invadido, pero aun no habían impuesto a las razas vencidas un Estado de franca dominación. La conquista, a su vez, de los españoles interrumpe para siempre el proceso indígena, sustituyéndolo por su propio Estado predatorio.

Para Cunow, la primera característica de un Estado en formación consiste en imponer tributos a los vencidos, para lo cual necesita instituir órganos de coacción, inspección y administración. Probablemente las formas iniciales del dominio estatal fueron varias, según las circunstancias materiales, sociales y culturales de los pueblos dominantes y dominados. Una de las más decisivas en la historia de la humanidad fué sin duda la invención de la esclavitud. Hoy nos parece una institución abominable, pero en su origen significó un gran progreso social. Así lo reconoce Engels en su *Origen de la familia*, pero seis siglos antes, en el XIII, lo había reconocido también Tomás de Aquino, creo que el primero en darle esa interpretación. «El vencedor —dice el gran escolástico— protege al vencido, y aunque le esclavice, conserva su vida».

Sólo que esta doctrina de la Iglesia medieval no era desinteresada. El cristianismo primitivo, secta o partido de los esclavos y de los desheredados de la fortuna, condenaba, siguiendo a los estoicos griegos, la esclavitud y la propiedad privada. En el siglo XIII, la Iglesia había llegado a ser uno de los grandes poderes del Estado feudal, con inmensos territorios e innumerable siervos. Había que justificar la esclavitud con Aristóteles. Por eso la escolástica es fervorosamente aristotélica y antiplatonista. La República de Platón es comunista. El teólogo de Aquino, hijo de un noble, el teólogo de Aquino de Nápoles, defendía los intereses del esclavo, los de su familia y los de su Iglesia. Como siempre, su ideología como todas las ideológicas, según Marx, era la superestructura de los intereses de los grupos sociales dominantes.

### La esclavitud es un progreso social

PERO era verdad que la esclavitud representó un gran progreso social. En la guerra primitiva, la costumbre es que el vencedor exterminó al vencido, bien para comérselo, bien para eliminar definitivamente un enemigo. Hasta que un día descubrió que el esclavo podía ser útil, como esclavo al servicio de su señor. El cautivo cultivaba la tierra de su amo, teje su ropa, arranca el mineral de sus minas, fabrica sus utensilios y sus armas, construye sus monumentos, levanta sus templos y sus tumbas, las pirámides, y mientras el esclavo muere oscuramente, sin pena ni gloria, el señor, el monarca, el faraón, pasan a la historia como los símbolos y los artifices de las grandes civilizaciones. Porque con la esclavitud nace no sólo el Estado, sino también la civilización y la cultura.

La cultura es hija del ocio, de la desprecupación económica. Sin la esclavitud no se concibe la maravillosa cultura griega, fruto de una minoría de hombres libres e inteligentes, dados a la holganza, al deporte, a la política, a la guerra, a la filosofía, a la literatura, al arte. En nuestro tiempo hemos visto muchos monumentos dedicados al soldado desconocido, al que hizo las dos grandes guerras mundiales. Los escultores griegos no nos han dejado, que yo recuerde, ninguna estatua al esclavo desconocido, y bien se lo merecía, porque fué él quien sostuvo sobre sus rudos hombros, Atlante anónimo, la admirable bóveda de la superestructura helénica.

Hay que reconocer que la invención de la esclavitud, el descubrimiento de su injusta utilidad, es lo que más influye en la evolución de la especie humana y lo que más la diferencia de las demás especies. Hasta ahora, el hombre es el único animal que ha tenido la genial ocurrencia de que otros hombres trabajen para que él viva ocioso y regalado, salvo unas hormigas guerreras y feroces, la formica sanguinea y el Polityergus de los naturalistas, a las cuales sus hormigas esclavas les traen el sustento y hasta se lo meten masticado en la boca.

Pero las hormigas esclavas, como las abejas, trabajan voluntariamente; por eso un hornigero y una colmena no son Estados. El Estado es una invención del hombre, para hacer trabajar a la fuerza a sus esclavos, a sus cautivos de guerra. Y eso ha sido el Estado durante cientos de siglos; pero ya está dejando de serlo, por lo menos en algunas partes, por lo menos en su concepción primitiva. (Continuará)

Europa y el mundo

Alianza a reforzar

Por Victor LAROCK

Chuseas, estas gentes asiáticas, nos escribe un amigo con su regreso de Rangoon. «Desde el momento — dicen — que los occidentales consideran al comunismo como el peor de los regímenes, es que este régimen tiene algo de bueno!»

Esta manera de razonar es propia de los asiáticos? Cuántas opiniones sobre política internacional, en nuestros mismos países, no están igualmente dictadas por el espíritu de contradicción, o, lo que es lo mismo, por prejuicios pasionales y reacciones a flor de piel? Los intelectuales, sobre todo, están sujetos a tal debilidad: de ahí que buen número de ellos se muestran contra tal o cual política, sin llegar a pronunciarse en pro de tal cual otra.

Así ocurre que, la semana pasada, el manifiesto de Duclos, Grotewohl y Reimann contra los tratados germano-aliados, ha reforzado ciertamente en Francia, en Alemania y en Bélgica la corriente favorable a la ratificación de esos tratados. Cuanto más la propaganda staliniana se em-

peña en retardar la unificación de las fuerzas europeas, tanto más contribuyen a activarla.

En cambio, determinada política norteamericana obra exactamente a la inversa. El «Centro psicológico» que acaba de crear Eisenhower está a ratificar esa tendencia.

Dejemos de lado las sorprendentes revelaciones de las autoridades norteamericanas de Alemania sobre la recrudescencia del neonazismo. Los estímulos prodigados a los partidos alemanes de derecha; la restitución de su franquicia que se da a los ex nazis y a los pro-fascistas por la ley McCarran; la asistencia financiera a la España franquista; las diatribas de prensa contra el Parlamento francés... todas estas manifestaciones de un estado de espíritu tan profundamente diferente del que animaba a Roosevelt, refuerzan a defender en nuestros países los venturosos efectos de la ayuda Marshall, ahora ya terminada.

Y cuando el nuevo titular del Departamento de Estado, Foster Dulles, dirigiéndose a Francia y a Alemania, repite aproximadamente el lenguaje y el tono del senador Whaley («Unidos, sino, os cortaremos los viveros»), juzga sin duda en su justa medida la docilidad de los Gobiernos occidentales; pero hace cuenta demasiado barata de las reacciones que provoca fatalmente en determinados hombres políticos y en ciertos publicistas que no creen que la razón del más fuerte sea siempre la mejor.

¿Será menester que la influencia comunista esté en baja en todo el Occidente para que las intimidaciones como esas no tengan repercusiones todavía más desastrosas?

Felizmente, las clases trabajadoras, en cuanto les concierne, toman nota, pero se mantienen fieles. Un instinto muy seguro les previene de dejarse llevar, como tantos intelectuales, por impulsiones sobre todo negativas.

La propaganda soviética, desmentida por todo lo que ellas saben y divinan sobre lo que pasa tras la Cortina de Hierro, no podría lanzarlas, por contragolpe, en el frentismo que arrastra a ciertos dirigentes norteamericanos. No es en los países de Europa acaudalados por la última guerra donde las masas populares están prestas a hacer eco a los llamamientos a la cruzada y al rechazo de los rusos hacia sus antiguas fronteras. No hay un obrero en nuestros países que ponga en duda — en que tenga necesidad del testimonio del general Juin — que un nuevo conflicto mundial significaría, primeramente, la invasión y la ocupación, en el plazo de tres semanas, de Europa entera por el Ejército Rojo. Es esta una razón suficiente para que se oponga a toda costa el mantenimiento de la paz.

Lo es también, sean cuales fueren las desviaciones de la política norteamericana, para aceptar todas las necesidades de la defensa común y para desear el fortalecimiento urgente de la alianza atlántica, que es nuestra única garantía de seguridad.

Parécete a veces que los grandes líderes de esta alianza (obsesionados por el peligro rojo) hasta el punto de confundir bajo este epíteto al comunismo staliniano y al Socialismo democrático se imaginan que la comunidad atlántica halla en Europa sus apoyos más seguros en las clases dirigidas. No sería exagerado decir que la mayor parte de sus fallas se explican por esta aberración.

En realidad, las clases dirigidas han sido, antes de 1939, las primeras responsables del fracaso de la seguridad colectiva. Al presente, como entonces, por tradición y por interés, siguen afectas a formas de soberanía nacional que constituyen obstáculos a la unión real, a la puesta en común de las defensas y de los recursos.

Las masas trabajadoras no tienen que vencer tales prejuicios nacionalistas para unir sus esfuerzos. Mas, todo eso, como si, en adhesión a una cosa buena, como es la paz, se contase.

En cuanto al problema que entorpeció desde hace dos años la organización defensiva — el de la participación alemana —, estaría sin duda arreglado desde hace tiempo, con el asentimiento de una amplia fracción de las opiniones públicas, si se hubiera tomado el máximo de garantías respecto a Alemania.

Se ha seguido el camino más difícil de la «Pequeña Europa». Esto significaba enfrentar a los riesgos de una cara a cara franco-alemana y de un equilibrio de fuerzas que no parece muy estable. De ahí los largos plazos y cierta agravación de las desconfianzas. ¡Es menester, sin embargo, concluir!

Por el momento, se llama una vez más a la Gran Bretaña, cuyas posiciones no han variado nunca: «Confederación atlántica? ¡De acuerdo, ahí estamos! ¿Federación europea? ¡Nuestros buenos deseos os acompañan!»

Y Foster Dulles comienza por llamar a todo el mundo al orden, reservando a su Gobierno el papel de un mentor más bien que el de un colega.

Van saliendo a la luz  
Los latrocinios del francotalangismo

En los errores y aun en las inmorales que puedan ocurrir en una democracia, tiene el pueblo — como elector — su parte de responsabilidad, tanto mayor cuanto más efectiva sea el democratismo del régimen. Por eso, del enjuiciamiento público y de la condenación no tiene que derivarse el descrédito del régimen, sino la razón misma de su existencia, con ejemplaridad para muchos y con enseñanza para todos. Caso muy diferente es el de un régimen dictatorial que concentra todos los poderes en un déspota. A toda la autoridad corresponde toda la responsabilidad. Por eso el déspota, con el cuidado de su propia conservación, se siente inclinado al encubrimiento, a la impunidad y hasta a la conservación de los culpables en sus puestos, por temor al escándalo. Es muy grave que aparezca ante el pueblo la culpabilidad criminal de ministros y de pretendidos funcionarios de la Presidencia, que el procedimiento designado por un Caudillo que se dice unido por la gracia de Dios. Se ocultan los sucesos, los crímenes contra el Estado y contra las personas, hasta que su acumulación desborda todos los secretos y se presenta al pueblo sin otra sanción posible que el aborrecimiento, la rebeldía y la violencia.

Se oculta ahora en España con el abominable régimen de Franco y de su Falange. La confabulación de quienes tienen privilegio para ejercer el hermetismo de los procedimientos y la ecaación del terror organizado, mantienen aún en una ocultación tenebrosa muchos inmundos negocios; pero otros, en fuerza de adquirir volumen y de necesitar colaboraciones y complicidades, han llegado a ser conocidos en la plaza pública y ya corren por España de boca en boca. Ocurre eso principalmente, en la actualidad, con los negocios de ese orden derivados del ministerio de Trabajo, que regenta desde hace muchos años el señor Girón. En ese ministerio, de muy cerca de tres mil quinientos millones de pesetas recaudados para los Montepíos de previsión social, sólo se han distribuido ciento

sesenta y siete millones en prestaciones sociales. El resto — casi la totalidad — se ha invertido en fines que no corresponden a las bases estatutarias de esos Montepíos, sobre todo en obras santuaristas, muy propias para desvergonzados camuflajes. El señor Girón, encontrándose en un apuro, ha desarrollado, para justificarlos, la teoría de que hay dos clases de previsión: la «defensiva» — a la cual corresponde la pequeña parte de millones — y la «ofensiva», o de capacitación, a la cual corresponde el mayor gasto.

Circulan ya por España precisiones sobre los negocios derivados de esa «previsión ofensiva». A continuación damos la versión más circunstanciada que nos llega sobre uno de ellos.

«El capitán de Artillería don Aurelio Moro González ael regimiento de Artillería a caballo n.º 19, defensor de oficio del procedimiento de la ley n.º 1.648 del año 1949, al descubrir lo que calificó de asunto importantísimo, se intentó sobornarlo y, ante su negativa al silencio, fue amenazado de muerte. El caso, como es sabido, es como sigue:

Rafael González Gallego, a pesar de tener antecedentes penales en la Dirección General de Seguridad, en cuyo archivo existe una ficha como condenado por delito de contrabando de moneda y de haber sido procesado por otro delito, fue nombrado secretario de la Junta Interministerial del Puro, y más tarde, Comisario General, con categoría administrativa de Director General. Desde este puesto comenzó por conceder un crédito de quinientos millones de pesetas a la Inmobiliaria I.P.C., de la que había sido secretario general hasta la fecha de su nombramiento como Comisario y de la que conservaba un buen paquete de acciones. Aparte de las enormes anomalías en la tramitación de dicho préstamo (como la de no existir la propiedad de los terrenos que debían garantizarlo), los millones realizados y que así fueron una parte de los solicitados, NO SE INYERTIERON EN LAS OBRAS PROYECTADAS, sino que se repartieron entre diversos consejeros de la Inmobiliaria, entre los que estaba G. Gallego.

La conexión con el citado procedimiento militar n.º 1648 del 49 es la siguiente: El Juan Pastor era amigo y secretario particular del González Gallego, y

éste cuida la custodia de la Justicia por el procedimiento de no comparecer (amparado en su cargo), a pesar de los muchos citaciones que se le hicieron por parte del Juez Instructor (así consta en autos). Aparece actualmente también como presunto culpable en el sumario n.º 134 del 49 procedente del Juzgado de Toledo y que ha sido instruido por el Juez especial delegado del Tribunal Supremo, aunque ha sido elevado el proceso, por la calidad de aforado del González Gallego.

Los hechos relatados en este último sumario, en esencia son: Un escudador (inglado que el dicho Comisario del Puro Obrero tenía montado con un contratista de obras llamado Santiago Antrós, del que percibía una fuerte comisión (parece que 25.000 plus por cada 150.000 de subvención) como recompra de la adjudicación sin contrata de numerosas obras (unas 80) en las provincias de Palencia y Toledo, proyectadas por dicha Comisaría y subvencionadas por ella, aparentemente para dar de comer a los obreros parados, pero en realidad, como se ve, para repartirlos entre ellos aunque los obreros se murieran de hambre.

Dentro de este inglado, el Juan Pastor era encargado de organizar los homenajes que los pueblos así subvencionados tenían que rendir a González Gallego y a Girón, lo cual también consta en autos. Todos estos señalamientos homajes, así como las medallas de oro que dichos pueblos «les otorgaban», se costaban con las subvenciones dadas oficialmente para el obra de aquellos pueblos. Toda esta obra «de poder» del Tribunal Supremo con pruebas documentales y testificadas irrefutables.

Una parte del dinero de la citada Comisaría fue facilitada para la construcción de bloques de viviendas en Madrid, en la calle de María Luisa Moreno, que tiene un negocio de modas en el 70 de la Gran Vía de Madrid, otro encubierto de construcciones y otro menos encubierto de otra naturaleza.

Entre tanto, el González Gallego era nombrado presidente del Patronato de la Exposición de Inventores y, por ciertas manifestaciones que hizo al diario madrileño «Ya», pensaba fundar un Banco con apoyo oficial para patrocinar obras sociales.

De esto fue informado en su día al Ministerio del Trabajo, incluso con exhibición de copias fotográficas de algunos de los documentos que se estimaron como más interesantes, y todo ello es lo que ha traído al capitán señor Moro las persecuciones y amenazas de que al principio se da cuenta.

Añadamos que de tales acusaciones se ha dado fácilmente por enterado el ministro de Trabajo en las extensas declaraciones que, con la intención de justificarse, ha hecho en la prensa y por la radio. Más explícitamente se da por enterado su semanario «Añans» en un editorial nerviosamente escrito, titulado «El cieno se ha removido» y en el cual se habla de «voceros miserables», de «mentirosos», de «burdas mentiras» y de «difamaciones». Las pretendidas justificaciones del señor Girón no han impedido que, ante la magnitud que ha tomado el asunto en la opinión pública y aun bajo la presión de algunos sectores que se sienten alarmados, el Consejo de Ministros haya tomado el acuerdo de pasar al Ministerio de Hacienda la administración de los fondos de los Montepíos laborales, que hasta ahora estaban a cargo del Ministerio de Trabajo. Con ello, el señor Girón queda gravemente desautorizado; pero el Caudillo no se decide a destituirlo por miedo a las escandalosas consecuencias que ello puede tener en estos momentos en que él necesita presentarse ante los Estados Unidos como un gobernante que tiene en sus manos al país y no como el capitán de unos banditos que, para robar a España, perpetraron millón y medio de asesinatos.

En Montpellier  
Gran acto público  
El domingo día 22 de febrero de 1953, en la Sala de Conciertos del Teatro de Montpellier (Héroult).  
Presidirá el compañero  
Tixador  
Secretario de la Sección S.F.I.O. de Montpellier.  
Intervendrán como oradores los compañeros  
Jean Peridier  
Daniel Mayer  
Rodolfo Llopis

La singularidad histórica de España

La última guerra de España (1936-1939), por su volumen y duración, por el número de víctimas y por sus consecuencias dentro y fuera del país, es un fenómeno único en la historia moderna del mundo occidental, en tanto que guerra civil, por lo menos en su origen, que es de todos sus caracteres el que ahora más me interesa. No se concibe una guerra así en ningún otro pueblo europeo, salvo los de la órbita soviética, tan parecidos en la estructura esencial de sus Estados al actual Estado español, aunque unos y otros se crean terriblemente antagónicos. Ni se concibe en la América hispánica, donde las frecuentes revoluciones y guerras civiles parecen cosa de niños, comparadas con la nuestra. Sólo la gran guerra civil de los Estados Unidos (1861-1865), la llamada Guerra de Secesión, se la puede comparar en duración y violencia, pero no en el desenlace: terminó con una paz humana para los vencidos, muy parecida en esto a la primera guerra civil española del siglo XIX (1833-1840), la del abrazo de Vergara, que tanto nos hacía reír en otro tiempo; hoy creo que ya no se ríe nadie; yo no, por lo menos. Esas dos guerras, la española y la americana, concluyeron sin crueldades ni emigraciones en masa, como esta nuestra en que vivimos y morimos. En la segunda guerra civil española (1936-1939) tampoco hubo a su conclusión vindictas públicas ni privadas.

«Como explicarse esa diferencia? A mi juicio, no hay más que una explicación: los vencedores en América y en España fueron los liberales, hombres formados y constituidos en un Estado moderno, de avanzada integración social y cultural. Y los vencedores de nuestra última guerra fueron los vencidos en las dos guerras civiles del siglo pasado: los carlistas, los absolutistas, representantes de un Estado primitivo, anacrónico, que creamos archivado para siempre en los anales polvorientos de nuestra Historia.

«Por qué, pues, ese tipo de Estado se da hoy todavía en España, cuando ha desaparecido del mundo civilizado, es decir, de un mundo regido por el elemento civil de la sociedad, o no es tan sanguinario, como en nuestro país, en aquellos otros de la órbita occidental donde todavía imperan las dictaduras o las demagogias militares, como en varias repúblicas hispano-americanas? Es lo que vamos a intentar averiguar.

Es posible que la investigación les parezca ociosa a los que tal vez piensen que el Estado vigente en España no es un Estado, tal como lo entiende el derecho moderno, sino una fuerza bárbara, minoritaria, arrojando un pueblo. No es, en efecto, lo que se dice un Estado de derecho, pero no por eso deja de ser un Estado. Precisamente, poner así, es un Estado en toda su pureza originaria, en su forma descarnada, brutal, como cuando nace en la Historia, antes de ninguna amalgama o integración social, o cuando renace en medio de una civilización decadente y agotada, como el que levantan los bárbaros del Norte sobre las ruinas del Imperio Romano que invaden y destruyen.

Es ese el Estado español que vamos a descubrir y estudiar en su esencia primitiva, para ver lo que puede esperarse de él, lo que puede hacerse frente a él, lo que debe ser nuestra política, en vez de estar cruzados de brazos y planear alharavientos, como hasta ahora, esperando que el mundo republicano, o siquiera monárquico, nos caiga graciosamente en la boca. Ese es el Estado que ha dominado casi siempre en España y el que durante los breves períodos en que dejó de dominar, durante la Monarquía constitucional del siglo XIX y durante nuestra República, seguía estando latente o manifiesto, amenazador, en la sociedad española, como lo prueban las dos primeras guerras carlistas y la última de hace 16 años. Por no haberse dado cuenta de esa amenaza potencial, permitimos que asaltara la República, ella sí, alegre y confiada, y la destruyera. Ese es el Estado que debemos conocer y analizar en su tipología histórico-sociológica, si queremos superar lo permanentemente algún día y evitar a nuestros descendientes sorpresas trágicas como la nuestra. Para ello, para comprender mejor lo que es el régimen hoy imperante en España, vamos a exponer la teoría que el actual Estado español realiza de un modo característico y perfecto, la teoría o idea sociológica del Estado.

España ante la idea sociológica del Estado (1)

Por Luis Araquistáin

La idea sociológica del Estado

Yo no sé por qué la llama así uno de sus describidores contemporáneos, el sociólogo austriaco Gumplowicz, que la expone en varios de sus libros, uno de ellos, creo que el único publicado en español, en una traducción pésima, *La Lucha de Razas*; ni por qué la sigue llamando así el etnólogo y sociólogo alemán Franz Oppenheimer, en su libro *Der Staat (El Estado)*, uno de los grandes libros de nuestra época, donde recoge todas las teorías del Estado desde la antigüedad hasta nuestros días y todos los hechos históricos y etnológicos que confirman la idea sociológica del Estado. Pues en realidad es mucho más que una teoría o hipótesis, es un hecho histórico incontrovertible, una verdad demostrada, científica, y si no la única, una de las pocas leyes positivas que elevan al rango de ciencia la Historia y la Sociología. Otro autor que he de citar frecuentemente en su crítica de la teoría marxista del origen del Estado, precisamente por ser el mismo marxista, el etnólogo y sociólogo alemán Enrique Cunow, que fue profesor en la Universidad de Berlín, no la denomina así en su obra *La teoría marxista de la Historia, de la sociedad y del Estado*; simplemente la describe como un hecho histórico y etnológico, como el Estado que nace de la conquista primitiva.

Pareciera extraño que, si es una teoría y una realidad tan bien fundadas como yo pretendo, hasta ahora no haya tenido plena aceptación en el mundo de la ciencia oficial, ni en la propia doctrina del socialismo oficial, por así decirlo. Pero la regla ha sido esa en casi todos los grandes descubrimientos científicos. Recuérdese, por ejemplo, los muchos años que tardó la teoría de Copérnico en abrirse las puertas de las Universidades europeas; por cierto que la de Salamanca fue una de las primeras, si no la primera, en simultanciar la enseñanza de Copérnico con la de Tolomeo, dicho sea en su honor.

Es natural que sea así. La idea sociológica del Estado echa por tierra los fundamentos ideológicos que los juristas y economistas de la escuela liberal burguesa han venido elaborando para explicar y justificar el origen de la sociedad y el Estado de clases. La desigualdad de las clases sociales, según esta teoría, es un producto de la desigualdad natural de los hombres. No todos poseen las mismas virtudes económicas: unos son laboriosos, previsores, ahorrativos, y otros todo lo contrario. Los primeros, sacrificándose, se hacen con un trabajo numeroso, con dinero contante y sonante; es la famosa ley de la acumulación primitiva, lo que Marx calificaba donosamente de «Kínderfuehl», el «hedorido infantil» de la economía burguesa. Así nace la propiedad. Pero los segundos, los holgazanes, los viciosos, los poco inteligentes, tienen envidia de la prosperidad de sus virtuosos vecinos, y de vez en cuando les roban una oveja, la fruta de sus árboles, la cosecha de sus campos. Los virtuosos, para proteger su propiedad y su vida, crean un Gobierno, con una policía bien armada y unas leyes bien punitivas. Así nace el Estado de clases.

«Pero, ¿si el Estado no fuera un producto de la virtud y del vicio, de la diligencia de los unos y la pereza de los otros, sino de la fuerza? ¿Si la propiedad primitiva fuera fruto del pillaje, del robo, del asesinato, cometidos sobre las personas y las propiedades de una población laboriosa y pacífica? ¿Cómo sancionar y glorificar entonces la necesidad y la legitimidad del Estado de clases económicas?»

Carlos Marx refuta, sin gran trabajo, esta teoría de Adam Smith y de otros economistas y juristas en *El Capital*; pero no elabora una teoría sistemática propia sobre el origen de la sociedad y del Estado. Acaso no le interesaba bastante o no la

veía con suficiente claridad. «La historia de toda sociedad que ha existido hasta ahora es la historia de las luchas de clases», dice el *Manifiesto comunista*. Pero Marx no nos explica en ninguna de sus obras cómo y por qué hacen su aparición las clases sociales en la historia. La prehistoria y la etnología y la propia historia antigua, interpretada a la luz de esas nuevas ciencias y de la sociología reciente, estaban en mantillas cuando él escribía y, además, es probable que Marx no fuera muy aficionado a ellas. Su fuerte, el valor permanente de su obra, era la historia del capitalismo y la agitación revolucionaria del proletariado para instaurar el socialismo.

Esta laguna en la sociología marxista intenta llenarla Federico Engels con su obra *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (1884). No es una obra original, sino un resumen de divulgación del libro *Antient Society* (Sociedad antigua o primitiva), del sociólogo norteamericano Lewis H. Morgan, publicado en 1877. Engels no corrige los errores de Morgan y añade algunos de su propia cosecha. Por ejemplo, la siguiente definición del Estado.

La idea marxista del Estado

«El Estado no es, pues, de ningún modo un poder que se impone a la sociedad desde fuera; tampoco es la realidad de la idea moral, la imagen y la realidad de la razón», como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad en determinada fase de la evolución; es la confesión de que esta sociedad está emmarañada en una insoluble contradicción consigo misma, de que está dividida en antagonismos irreconciliables que no puede conjurar. Para que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se destruyan, y con ello la sociedad, en una lucha estéril, es necesario, al parecer, que sobre la sociedad se alee un poder que amortigüe el conflicto y lo mantenga dentro de los límites del orden; y este poder, surgido de la sociedad, pero situado sobre ella, cada vez más extraño a ella, es el Estado.

Este origen del Estado, emergiendo del seno de la sociedad, no por ninguna causa exterior, no se diferencia mucho de la explicación de Adam Smith que he dado antes. En esencia, salvo la idea del contrato social, que Engels no menciona, pero que está implícita en las palabras citadas, es también la misma de la teoría epéica del Estado, recogida por Lucrecio en su gran poema latino *De la naturaleza de las cosas*. Y es muy semejante a la de Hobbes, en su *Leviathan*, salvo que éste la inventa para justificar el absolutismo de Carlos I de Inglaterra, que había de estarle la soberanía cabeza y Engels inventa la suya para llevar el proletariado al socialismo.

Digo deliberadamente que la inventa, porque ni él ni Morgan pudieron descubrir que ningún Estado hubiera nacido de esa forma. Crean que las constituciones gentílicas o de linajes son Atenienses y en Roma nacieron así, por una evolución espontánea de la sociedad, por el juego interno de sus fuerzas económicas, sin ninguna ingerencia exterior. «Atenas — dice Engels — simboliza la forma clásica más pura de cómo nace el Estado.» Pero lo que se sabe de la constitución de Tesco — un personaje mitológico — pertenece a la leyenda y no a la historia. Sin embargo, hay un hecho positivo: la economía griega y, por lo tanto, el Estado griego, se fundan principalmente en la esclavitud. Aquella organización social por tribus, linajes, familias, estaba cerrada a los esclavos. «De dónde venían, pues, esos esclavos atenienses, esos lotos espartanos? Aristóteles, que algo debía saber de esa procedencia, ha de entender en su *Política*, hablando del arte de la guerra, que los esclavos son los bárbaros; los extranjeros, los no griegos, apropiados por

un acto de guerra. Hay una laguna, un fragmento de texto perdido, en ese pasaje, pero lo que queda no deja lugar a dudas: los esclavos eran prisioneros de guerra de otros pueblos conquistados y sometidos; la base y origen del Estado ateniense. En el caso de Roma Engels tiene que reconocer que existía una plebe al margen de la organización patriarcal; en Roma, la sociedad gentílica se transforma en una aristocracia cerrada, en medio de una plebe numerosa, situada fuera de ella (de la aristocracia), sin derechos, pero con deberes. El triunfo de la plebe hace salir la vieja constitución de linajes y sobre sus ruinas erige el Estado. Pero ¿de dónde viene esa plebe sino de la población campesina de los territorios próximos que el patriado romano conquista, expropia y sojuzga, con lo cual funda el Estado de Roma, en vez de ser la plebe, triunfante más tarde, la fundadora, como dice Engels?

Como dice que Marx y Engels se aferraron a esta opinión sobre el origen del Estado hasta su muerte; que Engels reconoce el hecho histórico de que los Estados germánicos de los invasores bárbaros nacen de la conquista y sujeción de pueblos extraños, pero que no por eso modifica lo más mínimo su esquema de la evolución social.

Esa idea fija no era ciertamente indicio de poca inteligencia, defectuosa información o simplemente testarudez mental; gentiles, más cultos y más flexibles del siglo XIX; más bien hay que explicarla por un motivo puramente racional, por una idea a priori, que, habían recibido de Hegel y que es la clave de toda su filosofía social: la dialéctica de la historia.

Necesitaban que la sociedad y el Estado de clases nacieran por pura mecánica económica, sin que en esa fase interviniera la violencia, la «comandona» de la historia, como la llama Marx en sus manifestaciones posteriores; lo necesitaban así para que toda la fábrica de su interpretación dialéctica de la historia no se viniera a tierra.

He aquí, sucintamente, los momentos dialécticos de ese esquema. Se parte de un comunismo primitivo; es la tesis: «Comunismo más o menos legendario» lo llama Max Adler en su *Conceptión del marxismo sobre el Estado*, otro libro excelente, marxista también, pero crítico como el de Cunow, dos nombres que no se limitan a jurar por el maestro, amigos de Platón, pero más de la verdad, como debemos ser todos. Pero no importa; aceptemos, a los fines dialécticos, la tesis del comunismo primitivo.

En el seno de esa sociedad sin Estado se forma poco a poco una división del trabajo, una diversidad de funciones sociales. Los encargados de algunas de estas funciones se apropian con el tiempo de los medios económicos que han recibido en custodia, se hacen independientes de la comunidad y se arriban los medios de defender sus nuevos intereses particulares; han nacido la propiedad privada y el Estado; es la antítesis, la negación de la tesis, el segundo eslabón del mecanismo dialéctico.

«Pero la sociedad capitalista no es una armonía de intereses, como afirman los economistas y juristas de la burguesía, sino un avispero de las contradicciones internas entre la creciente socialización de los medios de producción y su propiedad privada, y llega un momento en que la exacerbación de esas contradicciones hace insostenible por lo que la explotación del proletariado. Es el momento en que el proletariado se apropia de la fuerza del Estado de clases, del Estado que fin era mantener los privilegios de la clase capitalista y en la explotación de la clase obrera; la propiedad privada de los medios de producción pasa por el pronto a ser propiedad del Estado, con ello desaparecen las diferencias de clases y las clases mismas, con ello se hace superfluo el Estado y desaparece también, así como el Estado, el poder, como dice Engels. Es la negación de la negación, la negación de la tesis, el segundo eslabón del mecanismo dialéctico.

La síntesis socialista y anarquista

Los anarquistas quieren la abolición del Estado; Engels L, anuncia su «extinción». En las palabras es poca la diferencia; en el concepto o idea, ninguna. El marxismo, después de su grande y acorta polémica con el anarquismo de Bakunin y sus sucesores, absorbió su utopía de una sociedad sin Estado. Quizás fuera algo también resultado de la dialéctica hegeliana, realizada un poco inconscientemente, como una concesión recíproca de los contrarios, de los hermanos enemigos. (Continúa en la tercera pág.)

(1) Conferencia leída el 24 de enero de 1953 en la serie organizada por los grupos del PSOE y de la UGT de París. Por su mucha extensión, el conferenciante omitió algunos trozos de la lectura, que aquí damos íntegramente.